



Høgskolen i Telemark

Fakultet for allmennvitenskapelige fag

EKSAMEN

2306 LITTERATUR OG KULTUR I LATIN-AMERIKA OG SPANIA

08.05.2015

Tid: 4 timer (9 – 13)

Målform: Spansk

Sidetal: 14 + forside

Hjelpemiddel: Fra spansk og til ulike språk.

Merknader: Parte 1: 20%. Besvarelsen av denne oppgaven bør være 1/5 av oppgaven.
Parte 2: 20%. Besvarelsen av denne oppgaven bør være 1/5 av oppgaven. Du kan velge mellom 3 oppgaver. Besvar én av oppgavene.
Parte 3: 60%. Besvarelsen av denne oppgaven bør være 3/5 av oppgaven. Du kan velge mellom 2 oppgaver. Besvar én av oppgavene.

Vedlegg: Ingen

Denne eksamenen teller 100% av den endelige karakteren i kurs 2013.

Eksamensresultatene blir offentliggjort på Studentweb.

Parte 1 (20%):

Considere cada uno de los tres cuentos «Walimay», «La compuerta número 13» y «El monte de las ánimas» y responda a las siguientes preguntas:

A: ¿Quién es el autor o la autora?

B: ¿De qué país es este autor o esta autora?

C: ¿Quién muere en cada uno de los textos?

D: ¿A qué corriente literaria pertenece?

Parte 2 (20%):

Elige una de las tareas.

A: Presente al autor del poema “Aceituneros” de Miguel Hernández. Reflexione sobre los temas en el poema. ¿Utiliza el autor algún recurso lingüístico que haga que el tema y el mensaje del poema resalte más?

B: En el cuento “Suburbios” de Juan Goytisolo explique cómo critica el autor la clase alta española.

C: ¿Quién es el narrador en el cuento “A la deriva” de Horacio Quiroga? ¿Cuál es el tema principal en este cuento?

Parte 3 (60%):

Elige una de las tareas.

A: *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez.

- ¿Por qué usa García Márquez la palabra “crónica” en el título de su novela?
 - o Discute si es crónica, novela o cuento.
- Comente los elementos de tragedia moderna que hay en la obra.
- Comente la estructura temporal de la obra.
- Comente los elementos de realismo mágico que hay en el texto.

B: *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel.

- ¿Qué rol juegan los hombres en esta novela?
- Comente la estructura temporal de la obra.
- Comente los temas de la obra
- Comente el papel del narrador o la narradora de esta obra.

Aceituneros

MIGUEL HERNÁNDEZ

Andaluces de Jaén
Aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra **callada**,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura,
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos **retorcidos**.

Levántante, olivo **cano**,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de **cimiento**.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa del sudor.

No la del terrateniente
que os **sepultó** en la pobreza,
que os **pisoteó** la frente,
que os **redujo** la cabeza.

Árboles que vuestro **afán**
consagró al centro del día
eran principio de un pan
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

Jaén, levantante brava
sobre tus piedras **lunares**,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad
del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de tus lomas.

Suburbios

JUAN GOYTISOLO

Aquel invierno Alvarito **solía** venir a buscarme por las tardes. Antonia golpeaba en la puerta de la habitación con los **nudillos** y, al preguntarle yo qué quería, respondía, invariablemente:

- Está el señorito Álvaro.

- ¿Dónde?

- En la **portería**. Dice que le espera a usted en la calle.

Yo cerraba los libros, malhumorado. Mi padre me había prometido un viaje por Europa si aprobaba el curso y veía aproximarse con inquietud la fecha de los exámenes. Alvarito afectaba gran desprecio por los **empollones** y, para evitar sus sarcasmos, debía estudiar a escondidas. Al pasar frente al espejo del **pasillo** me despeinaba un poco. Durante mis siete años de internado había vestido de punta en blanco y conservaba intacto mi horror por las corbatas, los cosméticos y los cuellos duros. Alvarito me había regalado una **chalina** de terciopelo y me la puse al salir a la calle.

- Sube, pronto - gritó, abriéndome la puertecilla. Hay arcoíris y quiero llegar a las afueras antes de que anochezca.

Llevaba el coche **descapotado** a pesar del frío y arrancó a gran velocidad. Evitando la aburrida tranquilidad del Ensanche, nos dirigimos hacia el cementerio. Alvarito parecía muy excitado. Tenía una botella de ginebra en el bolsillo y se **atizó** un trago, sin soltar el volante. Aunque conocía el camino, cogía las curvas demasiado cerradas y, en una esquina, estuvimos a punto de atropellar a unos viejos.

- ¿Qué te pasa? - dije.

- No me lo preguntes.

- ¿Por qué?

- Porque **ando con mala uva** y, como vea a alguien que no me guste, lo **embisto** y me lo cargo.

Me pasó el botellón y bebí. Alvarito había alquilado un estudio en el Barrio Gótico y, muchas tardes, después de recorrer las afueras en automóvil, se procuraba algún alcohol y nos emborrachábamos. Nuestra vida carecía de **alicientes** y buscábamos sensaciones nuevas, para olvidar. En el estudio (el **Antro**, como llamaba Alvarito) nos sentíamos aislados del resto del mundo y conversábamos durante largas horas, ansiosos y **febriles**. Lo habíamos probado todo:

el coñac, el pernod, la ginebra, el vino peleón, el anís. Un día, Alvarito trajo alcohol de noventa de la farmacia y lo bebimos, templado con un chispo de agua. Otra vez tomamos tres litros de café y nos aturdimos oliendo un **frasquito** de éter. A menudo nos invadía un furor universal e incontenible y, en las tabernas de Escudillers, nos liábamos a discutir con las **putas** y los **borrachos**.

- Hay que quitarles las razones de vivir - decía Alvarito -, obligarles a tomar drogas o a suicidarse.

Habíamos decidido organizar una Jornada de Opresión al Pobre, **defraudar** a los obreros en su **jornal**...

Habitualmente realizábamos nuestras **incursiones** por el puerto o por Montjuic pero, aquel día, Alvarito continuó, más allá del cementerio, hacia la explanada donde los **murcianos** edificaban sus barracas.

- Mira. Un gordo - exclamó, apuntando con el dedo, hacia lo lejos.

- Ya lo veo.

- Como no se dé prisa, lo **aplasto**.

El viento le alborotaba el pelo sobre la frente y **apretó** el acelerador con rabia.

- El hijoputa... - El hombre se había salvado, de un **brinco**. Le ha ido de un pelo...

- Caray - dije yo. Si no se **aparta**...

Alvarito repitió todavía el juego. Cada vez que veía a un gordo (o a un pelirrojo, o a una mujer fea) aceleraba de repente y acogía con una mueca de burla la salva de insultos que le largaban.

- Estamos en **Cuaresma** - decía. La vida es breve...

Al fin, pareció cansarse también. Su agitación había **decaído** y **aminoró** poco a poco la marcha. Durante unos momentos me miró de reojo, como para hablarme. Tenía el **botellín** de ginebra en el bolsillo y bebió, de nuevo, un trago.

- Estoy metido en tal **lío**, que no sé cómo me saldré.

- ¿Faldas? dije.

- No - **denegó** con la cabeza. Es mucho más complicado...

Estábamos en las afueras y se detuvo en un **solar**. Las nubes **escampaban** velozmente y la tierra olía a recién llovido. **Encaramados** en una pila de **escombros**, contemplamos los **lavajos** y **barrizales**. El sol **rozaba** la **cresta** de la montaña y en el cielo se **barruntaba** el crepúsculo.

- He roto definitivamente con mi familia.

- ¿Cuándo?

- Esta mañana. Tuve una **agarrada** con papá y me echó a la calle.

Más allá del solar había una **herrería** y, desde fuera, podía verse la **fragua**. Un hombre **batía** el hierro con el martillo, y el aprendiz se asomó a la puerta y apretó a correr por los lodazales. El sol parecía un disco de cobre. Antes de ponerse, coloreaba la explanada de un tono rojizo y el chico empezó a bailar frente a él y a dar saltos.

- Conozco un **ventorro** cerca de aquí - dijo Alvarito. La hija del dueño está como un tren... Tiene unas **tetas** que no le caben en la blusa de grandes.

Junto a los muros del cementerio se extendía un solar cubierto de **huertecillos** y jardines. Dos **albañiles** corregían el **alabeo** de la pared. El más joven preparaba la mezcla en un **cuezo** y el otro la recogía del **esparavel** con la llana. Hablaban con fuerte acento andaluz y, al pasar, nos dieron las buenas tardes.

- ¿Qué ha ocurrido? dije. Alvarito caminaba con la cabeza **gacha** e hizo un ademán con los hombros.

- Es tan complicado, que no sé por dónde empezar.

- Empieza por donde tú quieras.

- Espera. Cuando lleguemos al ventorro.

Nos detuvimos frente a un edificio de aspecto **miserio**. Su interior estaba adornado con faroles y banderitas y un cartel de la Feria de Sevilla presidía, detrás de la barra. Alvarito entró y le seguí. Una chica fregaba los vasos en un **lebrillo**. Tal como había dicho llevaba una blusa de seda muy ceñida y sus tetas se adivinaban grandes y bien formadas.

- ¿Qué te parece? me preguntó.

- Magnífica, repuse. Le haría un favor ahora mismo.

- Yo también, suspiró. Si no me encontrara en la situación en que me encuentro...

El dueño se acercó a tomar el **encargo**. Una pareja hablaba a media voz en la mesa vecina y, mientras Alvarito decidía, me entretuve en observarles. La mujer parecía **buscona** (o criada) y soportaba el asedio del hombre a la defensiva. Su amigo tenía un rostro **abollado** de boxeador, el pelo cortado al cepillo y una cicatriz en la **sien**, rosada y larga. **Acodado** en la mesa intentaba vanamente atrapar la mano de la mujer. Sus ojos **centelleaban** de ira y, por su **tartajeo**, comprendí que estaba borracho.

- **Gachona...**

- No hay gachona que valga.

- Una vez más... Solo una vez.

- Ni una vez, ni cien veces.

- Me lo prometiste... Cuando viniste a verme.

- Que no... Que no lo aguanto.

La hija del dueño se había vuelto por primera vez hacia nosotros y cambió una sonrisa con Alvarito. Estaba verdaderamente en su punto, con el pelo largo, deshecho, y el cuello, curvado y blanco.

- ¿Te conoce? - le pregunté.

- El otro día **charlamos** unos minutos.

El padre vino con dos **jarrillos** de tinto. Alvarito se sirvió y me sirvió a mí. La presencia de la chica le ponía visiblemente nervioso y se **removió** en el asiento, sin decidirse a permanecer en él ni a levantarse.

- Papá me ha dado un ultimátum de veinticuatro horas, dijo al fin.

- ¿Para qué?

- Para elegir. Quiere que formalice mi situación con Memé y **plante** a Laura. ¿Sabe lo de...?

- Sí. Ayer hablé con el médico.

- ¿Y qué?

- No hay nada que hacer. Es demasiado tarde.

- ¿Cuánto tiempo?

- No sé... Al menos cuatro meses.

- ¿Y tu padre? ¿Qué tal ha reaccionado?

- Ya lo puedes suponer. - Vacío su vaso de un trago. Está convencido de que no es mío y no quiere que lo reconozca.

- ¿Cómo que no es tuyo?

- Dice que Laura ha ido con muchos y que debe ser de otro.

- ¿Se lo has contado a ella?

- Sí.

- ¿Y qué dice?

- Me jura que es mentira, como una loca... - **Vertió** el vino del jarrillo en el vaso y volvió a beber. Creo que si no reconozco al niño se suicidará...

- ¿Y qué vas a hacer?

- No lo sé... Me gusta más que Memé, como mujer. Pero no me veo viviendo con ella. Apenas sabe leer y escribir. Es demasiado **bruta**.

Había acabado con el vino del jarrillo e inclinó la cabeza, **abrumado**. En la mesa vecina, el hombre había cogido la mano de la mujer e intentaba **besuquearla**.

- Una sola vez... Apagaré la luz y no te darás cuenta.

- Suéltame.

- Te prometo que lo haré a oscuras.

- Te digo que me dejes.

El antebrazo del hombre era fuerte y **velludo** y la nuez le subía y bajaba en el **gaznate**, lo mismo que un émbolo. Sus ojos miraron a la mujer con la desesperación de un **ahogado**. La mano soltó la **presa** al fin y, al hacerlo, descubrí que le faltaban dos dedos.

- Lo peor de todo, continuó Alvarito - es que Memé se ha enterado de lo ocurrido y no quieras saber cómo se ha puesto...

- ¿Memé? exclamé. - ¿Quién se lo ha dicho?

- ¿Quién quieres que se lo diga? Mi padre.

- ¿Lo del niño también?

- También. Cuando fui a verla esta mañana, estaba hecha un mar de lágrimas y me dio a elegir, entre Laura y ella.

- Vaya **lío**...

- Dímelo a mí. - Se quitó las gafas sin montura y las limpió con su pañuelo. Desde ayer, las dos se pasan el día llorando y no hay manera de calmarlas. Laura quiere que vaya a Madrid con ella y Memé, que dé el anillo a sus padres... - Movié la cabeza con **desaliento**. Me dan ganas de largarme a la Cochinchina y de dejarlas a las dos plantadas...

El dueño repasaba las **piqueras** de los toneles y la muchacha nos sonrió desde el bar. Alvarito cogió los jarrillos y se los dio para que los llenara. **Trepándome** en el asiento, observé con **disimulo** a la pareja. El hombre había servido su vaso hasta el borde. Su rostro estaba congestionado y los labios le temblaban. Sin hacerle caso, la mujer se arregló el pelo y miró **ostensiblemente** el reloj.

- Me voy. Se me hace tarde...

- **Aguarda**... Un minuto.

- Estoy fuera de casa desde las cinco. Mis patrones pueden llegar de un momento a otro y no quiero que me **abronquen** por tu culpa. - Hizo ademán de levantarse pero continuó sentada en la silla. Bastante he hecho con venir a verte.

- Entonces, vuelve mañana...

- Dale con la canción... Ya te he dicho que acabó y se acabó.

- Gachona.

- Es inútil. Aunque me dieras todo el oro del mundo no vuelvo...

En la barra, Alvarito hablaba animadamente con la chica. Le había quitado una **horquilla** del pelo y se hacía el **remolón** para devolverla. Ella seguía el juego, **halagada**. Su padre se había eclipsado por la **trastienda** y Alvarito **amagaba** tirarle de la manga.

- Démela usted, no sea malo... Voy a parecer una bruja.

- ¿Usted?

- Sí, yo.

- Se la daré si me promete usted una cosa...

- ¿Qué cosa?

Alvarito le sopló algo al oído. La muchacha pareció reflexionar y le contestó del mismo modo.

Después, Alvarito volvió a la mesa con los jarrillos y ella se acodó como **absorta** en la barra.

- ¿Qué le has dicho?

- Nada, **repuso**. Tonterías. - Bebía directamente del jarrillo y añadió: ¿Qué harías tú en mi situación?

- No lo sé, dije. Estaba acostumbrado a sus historias de faldas y sabía por experiencia que, dijera lo que dijera, acabaría por hacer lo que le diera la real gana. - Es tan complicado todo...

- Yo no quiero comprometerme aún... Vivir con Laura me aburre y el matrimonio me da cuatro **patadas**.

- Ya supongo.

Cambió una mirada con la chica y tabaleó suavemente los dedos.

- ¿No se te ocurre nada?

- No.

- Me **fastidia** perder mi libertad ¿comprendes? La luz se había remansado en sus pupilas y hablaba **sosegadamente**. En cuanto uno acepta vivir con una mujer está listo.

- Dile a Memé que quieres acabar la carrera.

Me observó. Sus ojos brillaban enfrente de los míos.

- ¿Y Laura? ¿Qué hago con Laura?_

- **Mándala** a paseo.

- Esto está pronto dicho...

- **Lárgate**. Haz las maletas. Viaja.

- Ya lo he pensado, **murmuró**. Hace más de dos noches que no duermo.

Oí un **estropicio** detrás y me volví. El hombre acababa de incorporarse y había arrojado un vaso contra la pared. En su rostro **bermejo**, como **soflamado**, sus ojillos brillaban, **inyectados** en sangre.

- Está bien. Como tú quieras...

Evitando mirar a la mujer, cogió una **cachava** del colgador y se encaminó hacia la salida. La mesa había ocultado hasta entonces la parte inferior de su cuerpo y, con un repelo de frío, descubrí que le faltaba una pierna.

- ¿Qué ocurre? preguntó la hija del dueño, cuando se fue.

La mujer se había levantado también y miraba hacia la calle, confundida.

- Se puso furioso porque no he querido ir con él...

Se inclinó e hizo ademán de recoger los cristales del suelo.

- Espera. Yo te ayudo...

- Desde que salió del hospital no encuentra ninguna mujer y está de **malas pulgas**.

La chica vino con una **bayeta** y una escoba, y se dejó caer en su asiento. Sus ojos **escudriñaban** la oscuridad de la puerta y su mirada se cruzó con la mía.

- Habíamos sido muy buenos amigos, antes, dijo como disculpándose. Trabajaba en una fábrica cerca de aquí y le explotó una caldera.

- Su cuerpo es sólo una cicatriz, explicó la chica.

- Es algo más fuerte que yo, no puedo... lo he probado una vez, por lástima, y me moriría si tuviera que hacerlo de nuevo...

Apuré el vino del jarrillo. La mujer callaba y la chica se había ido con la bayeta. Como siempre que andaba metido en un lío, Alvarito se quitaba y ponía las gafas y se removía nerviosamente en la silla.

- En el peor de los casos, siempre queda el recurso de la Legión, suspiró.

- ¿Marruecos?

- Sí. Te apuntas en el Banderín de Enganche y desapareces.

- Luego quieres salir y no te dejan...

- ¿Y qué? repuso. África está así de mujeres. Conozco a un tipo que vivió allí y dice que se **afeitan** entre las piernas... ¿Te imaginas? Lo mismo que las niñas...

- Deben de estar llenas de enfermedades, **objeté**.

- Mejor que mejor. Estoy harto de mujeres limpias y honestas. De ahora en adelante, iré con las más tiradas... Hay una, sin dientes, en el Parque, que lleva más de cuarenta años en el oficio. Negra de mugre, **harapienta**, un verdadero Solana... - Hablaba con vehemencia Y bebió un **chisquete** de mi vino. La higiene es una virtud burguesa.

Yo también empezaba a sentirme mareado y la idea de un viajecito por Marruecos me entusiasmó. Alvarito hizo la apología del Kif, el calor y las moscas y, de mutuo acuerdo, decidimos que, si las cosas se complicaban, nos **engancharíamos** en la Legión.

Cuando nos dimos cuenta eran más de la ocho. La hija del dueño seguía lavando vasos y Alvarito miró, asustado, el reloj.

- **Caray**, tengo que irme.

- ¿Dónde?

- He prometido llevar al cine a Laura.

- Ve luego.

- Imposible. Memé me espera después de la cena.

Aunque de mala gana, me puse de pie. La mujer **acechaba** todavía las sombras de la puerta y Alvarito se levantó y dio veinte duros a la muchacha.

- Mañana, estamos citados a las seis, me susurró, mientras ella iba a buscar el cambio.

- No **revientes**...

- Te lo juro por lo más sagrado. Asómate por la Bolera si no me crees...

No me lo creía y, al día siguiente, fui allí. La cabeza me dolía a causa de la **resaca** y había renunciado a estudiar. Sentado en una mesa, junto a la pista, me bebí un par de **ginfis**.

Alvarito tenía una suerte endiablada con las muchachas. Cada día salía con una distinta mientras que, a mí, ninguna me hacía caso. Pero aquella vez estaba seguro de que **faroleaba** y, a **regañadientes**, tuve que admitir mi error.

La chica llegó a la hora y Alvarito con algo de retraso. La noche antes había cenado con Memé (después de ir al cine con Laura) y, al pasar junto a mi mesa, me hizo un **guiño**. Una orquesta interpretaba **sambas** en el fondo del jardín y, cuando me fui (la cabeza me pesaba como una losa), los vi bailar a los dos, muy apretados.

Le pregunté si se había **alistado** en la Legión y no me contestó.

A la deriva
HORACIO QUIROGA

El hombre pisó algo **blancuzco**, y enseguida sintió la **mordedura** en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un **juramento** vio una **yaracacusú** que, **arrollada** sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz **ojeada** a su pie, donde dos **gotitas** de sangre **engrosaban dificultosamente**, y sacó el machete de la cintura. La **víbora** vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, **dislocándole** las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante **contempló**. Un dolor **agudo** nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se **ligó** el **tobillo** con su pañuelo y siguió por la **picada** hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de **tirante abultamiento**, y de pronto el hombre sintió dos o tres **fulgurantes** puntadas que, como **relámpagos**, habían **irradiado** desde la herida hasta la mitad de la **pantorrilla**. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed **quemante**, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un **trapiche**. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa **hinchazón** del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se **quebró** en un ronco arrastre de garganta **reseca**. La sed lo **devoraba**.

-¡Dorotea! -alcanzó a lanzar en un **estertor**-. ¡Dame **caña**¹!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre **sorbió** en tres tragos. Pero no había sentido **gusto** alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! -**rugió** de nuevo-. ¡Dame caña!

-¡Pero es caña, Paulino! -protestó la mujer, **espantada**.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la **damajuana**. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo -murmuró entonces, mirando su pie **lívido** y ya con **lustre gangrenoso**. Sobre la honda **ligadura** del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa **morcilla**.

Los dolores **fulgurantes** se sucedían en continuos **relampagueos** y llegaban ahora a la ingle. La **atroz** sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a **la par**. Cuando pretendió **incorporarse**, un fulminante **vómito** lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de **palo**.

Pero el hombre no quería **morir**, y descendiendo hasta la costa subió a su **canoa**. **Sentose** en la **popa** y comenzó a **palear** hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las **inmediaciones** del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya **trasponía** el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque **deforme** y durísimo que **reventaba** la ropa. El hombre cortó la **ligadura** y abrió el pantalón con su **cuchillo**: el bajo **vientre desbordó** hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban **disgustados**.

La corriente del río se **precipitaba** ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, **exhausto**, quedó **tendido** de pecho.

-¡Alves! -gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en **vano**.

-¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! -**clamó** de nuevo, alzando la cabeza del suelo.

En el silencio de la **selva** no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, **encajonan fúnebremente** el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de **basalto**, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los **costados**, detrás, la eterna muralla **lúgubre**, en cuyo fondo el río arremolinado se **precipita** en **incesantes borbollones** de agua **fangosa**. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, **semitendido** en el fondo de la canoa, tuvo un violento **escalofrío**. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía

mejor. La pierna le dolía apenas, la sed **disminuía**, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El **veneno** comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para **reponerse** del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El **bienestar** avanzaba, y con él una **somnolencia** llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex **patrón** mister Dougald, y al recibidor del **obraje**.

¿Llegaría pronto? El cielo, al **poniente**, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya **entenebrecida**, el monte dejaba caer sobre el río su fresca **crepuscular**, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un **remolino**. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba **entretanto** en el tiempo **justo** que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? **Acaso**. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al **recibidor** de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un **viernes santo**... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y **cesó** de respirar.